

Meditación para la Misa Crismal

El Rvdmo. Lawrence C. Provenzano, Obispo de Long Island

– 15 de abril de 2025 –

En el Nombre de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo:

Antes de comenzar, permítanme expresarles a cada uno de ustedes mi profunda gratitud y amor por el ministerio que compartimos en esta diócesis. No doy por sentado el sacrificio que cada uno de ustedes ha hecho para estar hoy aquí en esta Misa Crismal. Todo lo que forma parte de esta Semana Santa dicta nuestra cuidadosa atención, oración y resistencia; estoy agradecido de que tengamos este tiempo para compartir juntos.

En el Libro de las Lamentaciones leemos en el tercer capítulo,

"Pero esto recuerdo y por eso tengo esperanza: El amor inquebrantable del Señor no cesa, sus misericordias no tienen fin; son nuevas cada mañana; grande es su fidelidad.

El Señor es mi porción, dice mi alma, por eso esperaré en él. El Señor es bueno con los que esperan al Señor, con el alma que busca al Señor. Es bueno que uno espere tranquilamente la salvación del Señor". (Lamentaciones 3: 21-26)

Estas palabras fueron escritas hacia el siglo VI a.C., en una época de crisis, un punto de inflexión en la historia de Israel en la que el templo fue destruido, los líderes del pueblo exiliados, con la pérdida de la identidad nacional como realidad y la confusión creada por la pérdida de todo lo que era normal y se consideraba sagrado. Lamentaciones es un testimonio orante que, como han reconocido los estudiosos, refleja el dolor del pueblo de Dios y la fuerza inimaginable del amor de Dios ante la debilidad de la humanidad y la experiencia destrozada de la ruina nacional.

Hermanos míos en Cristo Jesús, al reunirnos hoy aquí en nuestra Catedral en medio de la Semana Santa, cada uno de nosotros lleva consigo un trozo de la experiencia de nuestros antepasados en la fe. Aunque nuestra atención debe centrarse en los acontecimientos de la Semana Santa -la Pasión, muerte y resurrección de Nuestro Señor-, hemos venido aquí un poco destrozados, en medio de lo que sólo puede describirse como una experiencia de ruina nacional. Independientemente de las afinidades y lealtades políticas de cada uno, lo que estamos experimentando casi a diario es, en el mejor de los casos, un repudio total de lo que una vez se creyó que eran supuestos fundacionales de la decencia, el respeto y la compasión humanas; y en el peor de los casos, la desintegración deliberada de los fundamentos bíblicos de nuestra vida en común.

Los últimos 25 versículos de Mateo 25, comúnmente conocidos como el Juicio Final, las Bienaventuranzas, el Sermón de la Montaña y casi la totalidad de las enseñanzas y el testimonio de Jesús en los Evangelios se han convertido en la vara de medir, no de lo que es normal y esperado, sino más bien de lo que debe ser ignorado y menospreciado.

Y, como si se tratara del encendido de un gas nacional, algunos nos dicen que todo esto se está promulgando para que volvamos a ser una nación cristiana.

El nacionalismo cristiano es un pecado. Es un mal al que hay que hacer frente en todos los casos. Pero debemos tener cuidado. Tú y yo, el clero ordenado de la iglesia, debemos enfrentarnos activa y deliberadamente a este mal, que es una distracción, para desviar nuestra atención de la labor de pastorear al pueblo de Dios en este momento de la historia.

Al igual que el autor de Lamentaciones, tú y yo debemos reconocer la realidad a la que nos enfrentamos, mientras consolamos, enseñamos, pastoreamos y guiamos al pueblo de Dios en la oración, el testimonio y la vida sacramental de la Iglesia.

Debemos ser portadores de esperanza para el pueblo de Dios, esforzándonos por instruir y dar testimonio como y donde podamos.

Será costoso. Algunos confundirán nuestros esfuerzos con política. Tengo un querido amigo, en realidad un joven que era adolescente en una parroquia a la que serví, que constantemente señala que la Iglesia Episcopal está perdiendo gente porque con demasiada frecuencia somos partidistas en nuestras declaraciones. A menudo le respondo que, si el mensaje del Evangelio y las enseñanzas de Jesús se alinean a menudo con la agenda declarada de uno u otro grupo político, eso no es predicar o enseñar política. Es el Evangelio el que a menudo parece estar en desacuerdo con algunos puntos de vista políticos. También señalo que, si predicamos el Evangelio, y los individuos rechazan la enseñanza como política, podría ser una indicación de su propia lucha interna con los valores, como la codicia, los prejuicios, y cualquier constelación de cuestiones en nuestra sociedad que están en conflicto con la enseñanza de Jesús. Será costoso. Pero conocemos el coste del discipulado: dar la vida.

Estoy convencido de que este momento de nuestra historia, como nación y como Iglesia, definirá nuestro destino, quizá nuestra propia supervivencia, nuestra reputación y nuestro estatus.

Estamos obligados a predicar el Evangelio, enseñar la tradición y administrar los sacramentos para dar esperanza a todo el pueblo de Dios. Debemos vivir vidas dignas de la llamada de nuestra vocación como clero de la Iglesia, servidores del pueblo de Dios. La esperanza es el mensaje, comprender cómo en la gran debilidad y temor de la humanidad, el amor inimaginable de Dios nos sostendrá y protegerá. Pero éstas no pueden ser sólo palabras: nuestras acciones, nuestra

interacción y nuestro testimonio deben gritar a la gente: "el amor inquebrantable del Señor nunca cesa, las misericordias de Dios nunca llegan a su fin".

Soy muy consciente de que, mientras pronuncio esta meditación, la Luna está literalmente, bueno artísticamente, justo encima de nosotros. A lo largo de esta semana, la Luna estará siempre presente en nuestra vida litúrgica y comunitaria y servirá de ilustración en muchos sermones.

Hoy sirve de icono de la verdad frente a la falacia y la opinión convencional aceptada.

En el siglo XVII, Galileo fue condenado por la Iglesia por promover un modelo heliocéntrico del universo, en el que el Sol es el centro del sistema solar, frente al modelo geocéntrico, en el que la Tierra era el centro. Su estudio comenzó con el reconocimiento de que la Luna, que se movía alrededor de la Tierra, con sus formas, montañas y valles, responsable de la atracción gravitatoria en océanos, no podía lógicamente estar en movimiento si la Tierra era el centro del sistema solar. La Iglesia condenó a Galileo como hereje, ya que sus teorías no se ajustaban a la concepción filosófica de Aristóteles sobre la creación de Dios, ni tampoco a la concepción bíblica de la creación. No fue hasta 1992 cuando el obispo católico romano de Roma reconoció que la inquisición se había equivocado al condenar a Galileo por no entender las distinciones entre interpretación bíblica y ciencia (una realidad que la Iglesia ha repetido durante siglos).

Este icono sirve también como recordatorio de lo convencidos que podemos estar de muchas cosas en nuestro mundo, nuestra iglesia y nuestras vidas. Es un símbolo de esperanza, un recordatorio de la ceguera y la certeza del pasado, redimidas por la fe, el conocimiento y la experiencia. Un icono de cómo la Sagrada Escritura es un contenedor vivo, que respira, de la palabra de Dios, capaz de absorber la enormidad de todo lo que aún tenemos que descubrir de la voluntad de Dios para cada uno de nosotros, la Iglesia y el mundo.

Es en esa enormidad de Dios donde tú y yo podemos llevar esperanza a las personas y comunidades a las que servimos. Está contenida en la Sagrada Escritura, en nuestra tradición y en nuestra vida sacramental. La enormidad del amor de Dios que celebraremos en el abrazo del Triduo debe contemplar el acceso pleno y sin restricciones para todas las personas. Mientras participamos en los antiguos rituales, contamos nuestras historias y celebramos los sacramentos, el recipiente en el que nos reunimos debe ser lo suficientemente amplio, abierto, ancho y alto como para ofrecer una esperanza real a toda la humanidad. Así es como la Iglesia es la Iglesia. No una reunión exclusiva de salvados, sino un refugio y una esperanza para todos.

En su libro *Fully Alive (Plenamente vivos)*, Elizabeth Oldfield dedica un capítulo entero titulado -le pido indulgencia porque utilizo el título tal como ella lo escribe- "The Human Propensity to F*** Things Up" (La propensión humana a joder las cosas). En él utiliza historias relacionadas con las interacciones humanas de su vida en las que reconoce que el pecado está presente o, al menos, es

activamente un ingrediente de las fracturas que nos separan como hijos de Dios. La propensión humana a joder las cosas, dice, "es el lenguaje que me da una forma de hablar de todas las fracturas, grandes y pequeñas, las grietas de las interacciones humanas". El pecado, desde el punto de vista teológico, es un concepto relacional, sobre las relaciones entre nosotros y los demás, entre nosotros y el mundo natural y, por supuesto, entre nosotros y Dios. Cuando nos centramos, no en la oración o como parte de un ritmo saludable de recibir y dar en relación, sino que nos centramos porque nos aterroriza que nadie se ocupe de nuestras necesidades salvo nosotros mismos, pecamos. Pecamos de muchas maneras ingeniosas y torpes.

Ese pecado, tu pecado, mi pecado, el pecado de una nación o de una iglesia debe ser enfrentado con gracia y no con juicio.

A medida que avanzamos en esta liturgia, renovamos nuestros votos y preparamos los santos óleos para nuestros ministerios al pueblo de Dios y a nosotros mismos, debemos ser conscientes de las necesidades y circunstancias de las personas a las que servimos. Tanto si se trata de la Casa Blanca como de la casa de la calle de abajo, el pueblo de Dios que nos rodea anhela la gracia de Dios (lo sepa o no).

Cada persona en cada casa, en cada lugar, en cada situación tiene la propensión a joder las cosas, poniéndose en el centro de las cosas como un medio de cuidar de sus propias necesidades, sin importar el daño que causa en las relaciones entre las personas, entre las comunidades y entre las naciones, todos los cuales son miembros del Cuerpo de Cristo.

Juntos somos enviados al mundo para llevar la gracia y no el juicio, para ofrecer a todos la visión del Evangelio de Jesucristo y su aplicación en la conducta de los hombres del mundo. Señalando lo que es pecado y sustituyéndolo por actos de amor incondicional, reconciliación y unidad en la construcción del Reino de Dios, donde cada uno de nosotros se convierte en el vehículo por el cual el misterio pascual se hace realidad en las vidas de las personas que encontramos.

La Semana Santa, las liturgias del Triduo y nuestras celebraciones de Pascua deben ser mucho más que seguir el calendario, marcar los rituales y contar el número de asistentes.

Debemos captar la imaginación del pueblo de Dios y colocar la cruz y luego la verdad de la resurrección directamente en el camino de la propensión pecaminosa del mundo.

Hemos sido llamados a encarnar una tradición y un modo de ser que se enfrenta y confunde las propensiones pecaminosas del mundo, porque somos portadores de la realidad de la redención de toda la creación por parte de Jesús.

Por eso, esta representación artística de la Luna encuentra un lugar acogedor en medio de nuestro espacio sagrado durante este tiempo santo. La Luna fue testigo de los poderosos actos de nuestro Dios, fue testigo de los acontecimientos de esta semana que llamamos Santa, se utiliza para calcular exactamente cuándo observar estas liturgias, y es un recordatorio de nuestra vocación

más básica de reflejar la luz, la misericordia, la gracia y el amor de nuestro Dios como la luna refleja la luz del sol.

Amigos míos, esta sorprendente obra de arte, que ha exigido nuestra atención, es también un recordatorio de las complejidades de nuestras actuales circunstancias nacionales e internacionales, que exigen nuestra atención. Como en ningún otro momento de nuestra experiencia como Iglesia, se nos pide que encarnemos e imponamos las prerrogativas del Evangelio y que desafíemos el ímpetu del egoísmo humano que ha cautivado los corazones y la atención de tantos.

Debemos enseñar, evangelizar, formar e incorporar a tantas personas como podamos alcanzar, con tantas herramientas y con tanto testimonio sincero como podamos reunir. Vivir plenamente la experiencia de nuestros antepasados en la fe, en el reconocimiento y la proclamación de que "el amor inquebrantable del Señor nunca cesa", incluso frente a nuestra propensión a estropear las cosas.

Verás, es una tarea fácil, sólo tenemos que ayudar a la humanidad a reorientarse, y reconocer que el Hijo, el Hijo de Dios, está en el centro de nuestro universo, y no nosotros mismos, nuestras ambiciones, nuestros miedos, nuestras propensiones, y nuestros propios deseos y pecados.

Es lo que el clero de la iglesia está llamado a ser: embajadores del Reino de Dios, no meros ciudadanos de ninguna nación, gobierno o movimiento.

Así que ten valor, di la verdad, anhela la misericordia, ofrece el perdón, propicia la reconciliación, aplica la verdad de la resurrección a los lugares moribundos y muertos de la vida de nuestro pueblo.

Enseña, predica, ama y administra los sacramentos al pueblo de Dios. Sé un ejemplo sano para las personas confiadas a tu cuidado, pues son un gran tesoro, ya que son las ovejas de Cristo.